

jas que le dirigia Voltaire, se justificaba en estos términos: « He conservado esa orden en cuanto he podido, aunque herege y á mayor abundamiento, incrédulo. No se halla en este país ningun católico instruido, como no sea entre los Jesuitas: no teniamos á nadie capaz de dirigir las clases, no teniamos ni Padres del Oratorio, ni Piaristas: *era preciso, pues, ó conservar los Jesuitas, ó cerrar las escuelas.* Era preciso, pues, que subsistiese la orden para suministrar profesores á medida que fuesen faltando, y la fundacion podia sostener el gasto á sus espensas: NO HUBIERA SIDO SUFICIENTE PARA PAGAR PROFESORES LEGOS. Si se hubiese suprimido la orden, la universidad no subsistiria, y hubiera sido indispensable enviar á los Silesios á Bohemia, á estudiar su teología, etc. »

En fin, elevándose todavía á mas altura, medio á la manera de Voltaire, medio á la de Leibnitz, escribió al primero: « Ya hemos alcanzado una nueva victoria en España: los Jesuitas han sido expulsados de este reino: ademas, las cortes de Versalles, de Viena y de Madrid han pedido la supresion de un considerable número de conventos.... ¡CRUEL REVOLUCION! ¿á qué no debe esperarse el siglo que seguirá al nuestro? Ya está aplicada el hacha á la raíz del arbol.... Este edificio, zapado en sus cimientos, va á derruirse, y las naciones transcribirán en sus anales que VOLTAIRE FUE EL AUTOR DE ESTA REVOLUCION que se efectuó en el siglo décimo nono en el espíritu humano. »

§ VI.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS MISIONEROS.

Puede decirse que los Misioneros son en cierto modo los mas grandes entre los grandes hombres, esto es, los mas animosos, los mas heróicos, los mas útiles, y á mayor abundamiento, los mas sabios y los mas ilustres. El cristianismo y la civilizacion universal, los gobiernos y los pueblos, los reyes y los súbditos se lo deben todo, así como ellos se lo deben todo al cristianismo, del cual son la personificada y viva aplicacion.... Ellos acompañaron, cuando no precedieron, á los conquistadores, á los viajeros, á los navegantes, á los naturalistas¹,

¹ Los menores méritos de los misioneros son los científicos. Sus viages propiamente tales, las descripciones, las historias, las *Cartas edificantes* de los jesuitas y de los dominicos son los modelos del género. — Sus descubrimientos astronómicos en la corte de la China, convertida en su *Observatorio*, llamaban la atencion de Hevelius, de Cassini, de Halley; — el *Hortus mundi* del P. Barrelier merecia tener por editor el mas grande de los Jussieu; — sus *rudimentos*, sus *diccionarios*, sus traducciones orientales, prepararon todos los trabajos de los Guignes, de los Guillemos Jones, de los Sacy, anti-

á los descubridores de los *mundos nuevos*. Puede asegurarse tambien que nunca fueron cómplices de la ambicion, de la codicia, de la inhumanidad de muchos de ellos y que antes por el contrario previnieron ó repararon los desastres que aquellos causaron. En igualdad de circunstancias, los *Misioneros* son superiores á los *Oradores*, porque *hacen* aun mas que *hablan*. ¡Admirable favor de la Providencia! Ninguno de ellos ha perecido en las olas, desde cerca de ciento cincuenta años á esta parte.

Así que aun los mismos filósofos, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, y últimamente Buffon, no se cansan de ensalzar á los Misioneros modernos, en vista de sus beneficios: « Las Misiones, dice Buffon, han sometido mas hombres en las naciones bárbaras que los ejércitos victoriosos de los príncipes que las han subyugado: por ellas fué conquistado el Paraguay. La mansedumbre, el buen ejemplo, la caridad y el ejercicio de la virtud, constantemente practicada por los Misioneros, hablaban al alma de aquellos salvages, y vencieron su desconfianza y su ferocidad, en términos de que muchas veces iban espontáneamente á pedir que los instru-

guos y modernos; — Mentelle admiraba la geografía del P. Feuillée; — los cuadros de Attiret de Dole, simple converso jesuita, le granjearon la honra de que le ofreciese el emperador de la China el cargo de mandarin; — una multitud de remedios admirables, de plantas ó de animales usuales, la *quina*, la *patata*, el *pavo*, etc., fueron los beneficios pasajeros y como los pasatiempos de las misiones evangélicas.

yesen en la ley que hacia á los hombres tan perfectos, y sometiéndose á aquella ley, se reunian en sociedad. *Nada hace mas honor á la religion que el haber civilizado á las naciones y echado los cimientos de un imperio sin mas armas que las de la virtud.* »

Ahora bien, la sociedad universal debe á los soberanos pontífices, primeramente y aun exclusivamente esta inmensa y magnífica institucion: hasta puede decirse que las Misiones se confunden, en los tiempos primitivos, con el apostolado. El mas ilustre de todos los Misioneros, y aquel cuya memoria es mas cara á la Francia, San Dionisio, primer obispo de Paris, primer *Romano* de caracter, era tambien *Romano* de nacimiento. — San Ireneo, primer martir de las Galias, compuso la primera defensa de la Iglesia romana contra los primeros hereges.

En el siglo IV, es decir en la época del reconocimiento político del cristianismo por los emperadores romanos, se ve á las Misiones salir de la condicion privada y aun perseguida, para entrar en el orden público, de tolerancia ó de favor. Los Papas, haciendo las veces del mismo Dios, dijeron á sus discipulos lo que Jesucristo habia dicho á los suyos: « *Id, instruid á las naciones.* » — Un San Frumencio, de Tiro, va á Etiopia, donde su apostolado halla menos obstáculos, y hace en un momento mas maravillas que las que habia hecho en los paises mas civilizados. — Un San Gregorio, de la estirpe real

de los Arsacidas, primer apóstol y patriarca de Armenia, á cuyo rey Tiridates convirtió, igualmente que á su hijo, á quien él mismo consagró obispo: — Un Nicetas, apóstol de la Valaquia, etc.; — un San Hilarion, de Siria, cuya vida escribió San Antonio el Grande, primer apóstol de los Arabes y de los Sarracenos; — un San Avito, descendiente de los emperadores, coronado por un momento él también, amigo de Clovis, vencedor de Atila, suegro ó cuñado de San Sidonio Apolinar, apellidado el *Apostol de la Borgoña*, fueron los primeros Misioneros; — San Severino, poco tiempo después, edifica aquella region llamada entonces Nórica, que arruinaron Juan Hus y Gerónimo de Praga, siete ú ocho siglos después. — Por los mismos tiempos, San German y San Lobo, obispos de Auxerre y de Troyes, San Paladis y San Patricio, en Irlanda y en Escocia, San Columbano, entre los Pictos, abrieron, en Inglaterra, el camino á aquel San Agustín á quien pudiéramos llamar el *San Agustín del Norte*, para diferenciarle del del mediodía: — á aquel San Benito Bishop (obispo), apellidado el *Orfeo* y el *Hermes de Inglaterra*, y á aquel San Wilfrido, su compañero, que cimentaron la fe y la civilización en un país donde ni siquiera era conocido el alfabeto, y donde los padres vendían á sus hijos como esclavos.

Algunos Irlandeses, San Kilian en Franconia, San Amando entre los Flamencos, los Carintios, los Esclavones, etc., hacían, en el siglo VII, oír la palabra y conocer la caridad cristianas. San Wille-

brod y San Swidberto, San Ludger y San Willehad, en el siglo siguiente, salían igualmente de Inglaterra, de cuyo seno rebosaban entonces la vida y la fe¹, para ir á difundirlas por Frisia y Sajonia.

El último y el mas grande de todos, San Bonifaz, fecundizaba todos aquellos sitios con su palabra y aun con su sangre, y merecía recoger, casi él solo, toda la gloria de aquellas admirables con-

¹ La Alemania de nuestros dias hace esta justicia á sus apóstoles de las islas británicas: «De Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, dice el habil historiador M. de Kohlrausch, fué de donde vinieron los apóstoles que echaron en medio de la Alemania la dulce semilla de Cristo. Kilian, Emmeran, Ruperto, Willibrod fueron los fervientes cristianos que se hicieron los apóstoles de la Alemania en los siglos VII y VIII, y en fin el Inglés Wenfriend que mas adelante recibió el hermoso nombre de Bonifaz (bienhechor). Trabajó este apóstol por el cristianismo con un valor incontrastable, desde el año 718 hasta el año 755, y llevó sus instrucciones á Franconia, á Turinga, y, en las orillas del Rin, á los países de los Sajones y de los Frisones, planteando en todas partes las prácticas religiosas y civilizadoras del cristianismo, y fundando, en los pueblos, parroquias que fueron la base de grandes ciudades. Para consolidar la nueva creencia que habia sembrado, establecia algunos obispados, ó reorganizaba los antiguamente establecidos. Él fué también quien fundó la célebre abadía de Fulde, y en Ohrdruf un seminario, cuyos jóvenes alumnos estaban destinados á propagar con el cristianismo el arte de la agricultura. Los seminarios, las iglesias y los conventos que Bonifaz y los otros apóstoles fundaron en Alemania, no solamente fueron la antorcha que derramó sobre aquel país la luz de la religion y de la civilización, mas la mayor parte de aquellos establecimientos llegaron á ser también el principio de las ciudades ó de las aldeas que se fueron formando poco á poco en derredor de ellos. No fueron solos los siervos de aquellas casas religiosas los que se construyeron habitaciones en sus contornos; otros muchos fueron también á buscar protección al abrigo de sus tapias.»

quistas, y ser apellidado el *Apostol de la Alemania*.

La fe, las buenas costumbres, las admirables leyes de los Apóstoles de la Inglaterra, fueron las que hicieron de aquel país, por espacio de cerca de trescientos años, la antorcha y la gloria del Occidente todavía sumido en la barbarie. Allí era donde se veía hasta treinta reyes ó reinas bajar del trono á los claustros, es decir, á las sepulturas; allí adonde iba la Francia á buscar sus sabios y la civilización. Vino Enrique VIII, y ¡adiós la Inglaterra antigua... y aun la moderna!

Un siglo despues (porque la Fe no sufre intermision) San Sifredo lleva la palabra y la cruz á Suecia: — Anchario de Hamburgo, á los Vándalos y á los Esclavones; — Remberto de Bresma, los hermanos Cirilo y Metodio, á los Búlgaros, á los Chazares, á los Moravitas, á los Bohemios y á la gran familia de los Esclavones. — En el siglo XI, un nuevo inglés, Eskil, se hace, en nombre de Dios, el apostol de la Sudermania; y otro San Bonifaz, noble sajón, religioso camaldulense y arzobispo, suscitado sin duda por el gran Bonifaz, su patrono, es, como él, el apostol y el primer martir de la Rusia. — En el siglo XII, Oton de Suevia, obispo de Bamberg, es el apostol de la Pomerania. — En el siglo XIII, San Jacinto de Silesia continúa en Noruega, en Rusia y hasta en Tartaria, lo que había comenzado San Bonifaz. Este tenía además que lidiar contra dos plagas á la vez, el paganismo

y el cisma de los Griegos, y poco faltó para que las venciese á ambas.

Los Franciscanos parecen otros tantos Misioneros en el siglo XV, y los Jesuitas en el XVI, siguiendo á su San Francisco Javier, apellidado el *Apostol de las Indias* y el *San Pablo de los confines del mundo*, al cual no hay nadie que sea comparable¹. Así como antiguamente parecia estrecha la

¹ ¿Quién podrá leer sin admiracion estas simples cartas de san Francisco Javier, inmortales y fecundizadoras como él?

« El día de S. Miguel fuimos á ver al rey de Cancojima que, habiéndonos recibido muy honoríficamente, nos recomendó que custodiásemos con gran desvelo los libros que llevábamos sobre la ley cristiana, prometiéndonos que si la reconocia por verdadera y buena, se compondria de suerte que tuviese que rabiar el diablo: pocos dias despues permitió á todos sus vasallos que abrazasen la religion cristiana. He dejado estas gratas nuevas para el fin de mi carta para que os alegréis mas y deis gracias á Dios. Creo que emplearé este invierno en esplicar largamente en lengua japona los puntos del símbolo para hacerlos luego imprimir, para que por medio de las letras (de que tienen conocimiento la mayor parte de los Japoneses) pueda difundirse la religion cristiana á diferentes lugares.

« Nuestro amado Pablo traducirá fielmente á la lengua patria todo lo necesario para el bien de las almas. Vosotros, pues que se abre tan ancho campo para vuestra virtud, es menester que deis á Dios y á los ángeles claros testimonios de vuestro piadoso celo. Así lo hareis mostrando en vuestra vida y en vuestras obras una profunda sumision de espíritu y abandonando el cuidado de vuestra fama á Dios, que no dejará de daros aprecio y consideracion entre los hombres, si lo conceptua conveniente; y si no lo hace, será sin duda por vuestro bien, preveyendo acaso que podriais envaneceiros....

« Hay otra isla, llamada Ceilan, distante del continente de la India unas cuarenta leguas, adonde fui últimamente con el hermano

tierra para la ambicion de Alejandro, asi lo era verdaderamente para la caridad de aquellos misioneros.

Fr. Mansilla; allí era donde el príncipe, hijo y legítimo heredero del rey, había resuelto hacerse cristiano, pero habiéndolo sabido el rey su padre, le mandó al punto quitar la vida. Los que presenciaron aquel homicidio cuentan que vieron aparecerse en el cielo una cruz de fuego, y que entreabriéndose la tierra en el sitio mismo en que ejecutaron la sentencia de muerte contra el príncipe, vieron en él también la figura de una cruz. Muchos naturales de la isla que han visto estos prodigios quieren hacerse cristianos, y todo esto ha producido tanta impresion en el ánimo de un hermano del príncipe, que ha pedido á un sacerdote que le administre el bautismo, y se ha refugiado junto al virrey para pedirle auxilio contra su padre, asesino de su hermano primogénito: Habiéndole encontrado en el camino hablé con él un buen rato, y la conversacion que tuvimos me ha hecho concebir grandes esperanzas de ver á este reino abrazar la fe de Jesucristo, porque todos estos prodigios han admirado mucho al pueblo, y el príncipe que se ha hecho cristiano es el heredero mas inmediato de la corona.

« Tres señores de cuenta, y otros muchos del reino de Macassar, que dista sobre quinientas leguas del de Travancor, han abrazado hace ocho meses la religion cristiana. Han enviado diputados á Malaca, que es una ciudad sujeta al Portugal, en busca de hombres capaces de instruirlos en la fe, y han asegurado que habiendo vivido hasta ahora como bestias, deseaban vivir en lo sucesivo como hombres, despues de haber adquirido el conocimiento y aprendido el culto del verdadero Dios. El gobernador de la ciudad les ha enviado sacerdotes capaces de instruirlos.

« De todo esto podeis inferir, hermanos carísimos, qué frutos promete y en cuanta abundancia este campo inculto. Yo por mi parte, viendo la disposicion del pais y, por decirlo así, la madurez de la mies, espero hacer este año yo solo hasta cien mil cristianos: *rogad, pues, al Señor de los frutos que envíe trabajadores á su viña.* Si algunos, bastante celosos de la gloria de Dios y de la propagacion de la fé vienen á este pais, *donde los campos estan ya del todo amarillos y la mies pronta para la siega,* los Portugueses los reci-

ros, que solo se detuvieron donde les faltó ante los pies, ó donde los detuvo á ellos el martirio, es decir, el mismo Dios.

Entre tanto el P. Paez, de la misma compañía, llevaba el cristianismo á la Abisinia, donde en nuestros dias ha hallado sus libros y sus monumentos el animoso y fiel d'Abbadie.

Las *cruzadas* dieron las primeras ideas, inspiraron el celo y proporcionaron los medios de las Misiones extranjeras¹. El descubrimiento del Nuevo Mundo

birán con toda especie de agasajos, dándoles cuanto puedan necesitar, porque la nacion portuguesa desea con tanto ahinco la propagacion de la fe cristiana, que aun cuando no mediase mas que este solo motivo, ciertamente que un deseo tan santo y el particular apego que tiene aquella á nuestra compañía, deberian atraer aquí á muchos de vosotros. Plegue á Dios haceros con su gracia conocer su santa voluntad y lo que debeis hacer, ahora que veis tantas almas tan bien dispuestas á recibir las semillas del Evangelio, y daros fuerzas y valor para cumplir aquella y vuestro deber. Ruego con toda humildad á la divina Providencia que inspire á muchos la idea de venir *.... »

« Las cruzadas mismas fueron el resultado de otra especie de misiones, sublimes en otro concepto, que M. Michelet acaba de recordar con su habitual elocuencia: « Pedro el Ermitaño, S. Bernardo, dos nombres de una celebridad universal, y en el siglo XIII, Bertoldo, cuya gloria es menos brillante porque su vida corresponde á una época menos notable de la historia, al paso que las

¹ Los dos primeros párrafos de esta nota están sacados de la Epistola 5, libro III, del Santo á los Jesuitas de Goa, fecha en Canoajima, á 5 de noviembre de 1549, y los siguientes de la Epistola 8, libro I, dirigida á los Jesuitas de Roma. No habiendo podido proporcionarme el testo original, me he guiado por la version latina del jesuita Horacio Tursellino (Maguncia, 1596), que pasa por muy buena. — N. del T.

dió la señal de otras *cruzadas* mas magnificas y, en todo caso, mas felices. En el mundo de Colon y de Amé-

de sus dos ilustres antecesores dominaba la epopeya de las cruzadas, estos son los tres grandes maestros de la elocuencia del misionero.

« Sabido es que Pedro el Ermitaño, de vuelta de una peregrinacion á Jerusalem, imprimió al mundo aquel movimiento que desplomó la Europa sobre el Asia. Diez siglos habian trascurrido desde la veuida de Jesucristo, y la opinion general de que ya estaba cercano el fin de los tiempos, contribuia á disponer los ánimos á ceder al impulso de una voz entusiasta. « La gente del pueblo, dice « un autor de aquella época, se apasionó de un tal Pedro el Ermitaño y le obedeció como á su Señor. He descubierto que aquel « hombre, oriundo, si no me engaño, de la ciudad de Amiens, habia pasado una vida solitaria, bajo el hábito monacal, en no sé « qué parte de la Galia superior: cuando salió de su retiro, todos « le vimos recorriendo las ciudades y las aldeas y predicando en « todas partes. El pueblo le seguia en tropel, le colmaba de presentes, y celebraba su santidad con tales encomios que no me « acuerdo de que se le hayan tributado jamás á personage ninguno « tamañas honras. Mostrábase sumamente generoso en la distribucion de todas las cosas que le daban: avenia á los mal casados y « restablecia la buena inteligencia y la paz entre los que estaban « desunidos, con maravillosa autoridad. En cuanto hacia y hablaba, « parecia que habia en él algo de divino, de modo que el entusiasmo llegó á punto de que algunos arrancaban hasta las cerdas de « su mula para guardarlas como reliquias, cosa que menciono, no « como laudable, sino para el vulgo que gusta de las cosas estraordinarias. No llevaba mas que una túnica de lana y por encima « una capa de buriel que le bajaba hasta los talones; llevaba los « brazos desnudos, iba descalzo y su abstinencia de comer y beber « era casi perpetua.

« La historia ha conservado la memoria de los resultados de aquella predicacion. Los ricos estaban impacientes por abandonar sus castillos, los padres sus hijos, los maridos sus mugeres; parecia que la humanidad se desprendia por sí sola, atraida á Asia por

rico Vespucio se ve, á los acentos de los modernos *Orfeos*, convertirse las piedras en paredes, las paredes

aquel gran iman de la cruz « Habia, » dice el autor contemporáneo ya citado, « habia hombres que al principio no tenian gana « ninguna de partir, que se burlaban de los que se deshacian de « sus haciendas, les vaticinaban un triste viage y un regreso mas « triste todavía, y que al dia siguiente, por efecto de un impulso « repentino, daban todos sus haberes por un poco de dinero, y se « ponian en camino con los mismos de quienes se habian mofado. « ¿Quién podria enumerar los niños, las mugeres ancianas que se « preparaban á la guerra? ¿Quién podria contar las vírgenes, los « ancianos agoviados bajo el peso de los años? Los pobres habian sus hueyes como caballos y llevaban en carretas sus escasas « provisiones y sus hijos, y estos inocentes, á cada ciudad, ó fortaleza que veian, preguntaban en su candorosa sencillez: « *Es esta « la Jerusalem adonde vamos?*... »

« El auditorio que necesita S. Bernardo, es un pueblo entero: la sala donde gusta de hacerse oír tiene por techo el cielo. La vista de aquella naturaleza, obra de las manos de Dios, le exalta y le inspira.

« Creed mi esperiencia, » escribia á un amigo, « mas motivos « de reflexiones hallareis en las selvas que en los libros: los árboles, las rocas os enseñarán lo que no os enseñaria ningun maestro. « ¿No lo sabeis? Las montañas destilan la dulzura, las colinas manan la leche y la miel, y los valles prodigan el trigo. » Magnífico de ver debia estar por cierto cuando se presentaba al pueblo, mas semejante á un espíritu que á un hombre, flaco y debil, consumido por el amor de Dios, con su rostro pálido que matizaba la fiebre de una ligera púrpura hácia la proeminencia de las mejillas, saliendo de la pobre choza hecha de hojosas ramas donde meditaba sobre el cantar de los cantares, en los santos éxtasis de la oracion, gran santo de quien el respeto universal habia hecho un gran político, hombre humilde y poderoso que, desde el fondo de una celda de cuatro pies cuadrados, gobernaba la Europa, hombre de palabra que llegó á ser un hombre de consejo, hombre de oracion á quien sus virtudes convirtieron en hombre de estado que dominaba á los

en monumentos, los salvages en hombres, los hombres en fieles, los fieles en comuniones, en comunida-

gobiernos con la autoridad de su caracter y levantaba á los pueblos con la señal de la cruz.

« Lo que habia sido S. Bernardo en el siglo XII, Bertoldo lo fué en el XIII. Era hermano menor de la casa de Ratisbona, y los anales contemporaneos han conservado la memoria del extraordinario influjo que ejercia su palabra. Recorrió, anunciando las verdades del Evangelio, el Austria y la Moravia, la Turinga y la Bohemia, y las poblaciones se reunian en innumerables muchedumbres en los campos ó en los bosques para escuchar al elocuente misionero: mucho tiempo despues de su muerte enseñaban todavía, cerca de Glatz, en Silesia, el tilo bajo cuya copa erigian un púlpito en el que predicaba Bertoldo: el pueblo habia dado á aquel arbol el nombre del gran orador. Su elocuencia era sencilla, como emanada del corazon, franca y natural sin estudiados ornatos: sus imágenes producian tanto mas efecto cuanto estaban sacadas de la vida de los mismos que le escuchaban. El idioma en que se espresaba era la antigua lengua alemana, el dialecto de los Minnessinger, dialecto lleno de fuego y de poesía que prestaba su pureza y sus vivos colores á aquella elocuencia popular...

« ¿De qué vale, » exclamaba en su franco language, « de qué vale ir al otro lado de los mares, si poseis injustamente? El papa, direis, me ha dado la cruz, y voy á Palestina por las almas cuyo bien me está confiado. Voy en buen hora con esa cruz; pero aun cuando tuvierais aquellas sobre que murieron S. Pedro y S. Andrés; aun cuando hubierais vencido y aniquilado á todos los infieles y reconquistado la Tierra-Santa; aun cuando tuvierais, despues de vuestra muerte, la dicha de entrar en la sepultura de Cristo, con todas vuestras cruces y con la del mismo Redentor sobre el pecho; aun cuando tuvierais á Jesucristo á vuestra cabeza, á la santa Virgen á vuestros pies, á todos los ángeles á vuestra derecha y á todos los santos á vuestra izquierda, ¿le impediria eso al demonio venir, en vuestra hora postrera, á arrancaros el alma del cuerpo y á arrastrarla al fondo de los infernos, para castigarla por las injusticias que habeis cometido? »

des cristianas. Los protestantes, los Ingleses mismos, han celebrado y admirado, como Montesquieu, la sublime república del Paraguay, obra de los jesuitas¹.

Entre tanto un jesuita de España, único en su género, como san Francisco Javier en el suyo, el P. Claver, cuya *Historia* es un dechado de interés, fundaba en el pais de Cartagena, en América, una emancipacion de negros, ¡ á qué hemos sustituido su infame tráfico!...

Otro jesuita de Roma, el P. de Nobilis, celebrado por Voltaire, convertia hasta los bramines de Oriente.

Los inauditos triunfos y la gloria de la orden, allende los mares, provocaron, como sucede siempre, entusiasmos, sacrificios y establecimientos nuevos.

¹ « Me atrevo á vaticinar, » dice el inglés Warburton, « que nunca resultará de las misiones un bien duradero á menos de que se reuna el proyecto de civilizar á los hombres con el de salvar sus almas. Los jesuitas son los únicos que lo han ensayado en el Paraguay, y el éxito ha coronado sus esfuerzos. Este método ha sido constantemente el de todos los legisladores antiguos. Aquellos sabios estaban convencidos de que la religion y la policia civil son inseparables, razon por la cual siempre las han enseñado y establecido á un mismo tiempo. La esperiencia de todos los siglos justifica su conducta, y el principio que les servia de base debe darnos la mas alta idea de la divina providencia que tan estrechamente ha unido nuestro bien presente á nuestro mayor bien futuro. En una palabra, y tal es la conclusion de toda esta obra, todo el que quiera asegurar el gobierno civil, debe sostenerle con la religion, y todo el que quiera estender la religion, debe emplear el auxilio del gobierno civil. »

De aquí, la sociedad que se formó en 1644, en París, bajo los auspicios de san Vicente de Paul y de Ollier, de San Sulpicio: las célebres *Misiones extranjeras* de la calle del Bac. Esta casa, de la que eran individuos¹ los mas ilustres legos y aun algu-

¹ «M. Bernardo de Santa-Teresa, obispo de Babilonia, es el autor de este establecimiento, cuyo principal objeto es la instruccion de los jóvenes eclesiásticos y legos que tienen vocacion para trabajar, en las misiones, en la conversion de los infieles y principalmente de los de Persia. Dicho obispo dió para este objeto á M. de Barillon, señor de Morangis, y á M. de Garibal, presidente del gran consejo, todas las casas y plazas que le pertenecian en las calles del Bac y de la Frenaye. Encomendaron aquellos señores á dos sacerdotes llamados Armando Poitevin y Miguel Garil, que trabajaban hacia mucho tiempo en las misiones extranjeras, la ejecución de aquel proyecto. Aquellos dos misioneros obtuvieron del rey, en julio de 1665, una real cédula que fué comunicada al parlamento en 10 de octubre, y á consecuencia del permiso del abad de S. German, fechado en el mismo día, D. Ignacio Philibert, prior de la abadía, los introdujo en el seminario con sus asociados, el 27 del mismo mes. La capilla, que consistia en una gran sala, fué bendecida bajo la advocacion de la sacra familia, y sirvió hasta 1685, en que los directores de aquel seminario hicieron construir la iglesia que subsiste y cuya primera piedra puso el señor arzobispo en nombre de Luis XIV. » (*Historia de San Sulpicio.*)

- Luis XIV dice en la *real cédula* que otorgó á las misiones:

« Desde que le plugo á la divina bondad darnos la paz tan necesaria al culto de la religion y á la tranquilidad pública, nuestras principales miras se han encaminado, por la gratitud que debemos á los desvelos de la Providencia sobre nuestra persona y nuestra real casa, á reprimir, en cuanto nos ha sido posible, los progresos de la herejia que, con tanto dolor nuestro, las miserias de los tiempos han hecho tolerar en este reino; impedir la propagacion de los nacientes errores y nueva secta del jansenismo, y estender la religion católica mas allá de sus límites ordinarios, para llevar su luz hasta los confines del mundo. Para esto hemos resuelto, de acuerdo

nos principes, empezó por las misiones del Canadá, que hicieron de todo aquel pais una especie de primer Paraguay.

Entonces fué cuando un simple eclesiástico de Lisieux (¡admiremos la Providencia!), biznieto de un Indio traído á Europa por el viagero Gonneville, concibió la admirable *Propagacion de la Fe*, cuyos prodigios acaban de renovarse en el siglo XIX. Su obra tiene por título: *Memoria relativa al establecimiento de una mision cristiana en el tercer mundo, llamado la Tierra Austral, Meridional, Antártica y Desconocida, dedicada á Alejandro VII, por un eclesiástico oriundo de aquel pais*; 1663, en 8°.

Aquel eclesiástico, digno de gratitud y de celebridad, era el presbítero Paulmier.

Empieza por dar un extracto del *Viaje del capitán Gonneville*, é investiga donde pueden estar las tierras descubiertas por él; pero se ocupa sobre todo en los medios de llevar á ellas el cristianismo, y quiere que la Francia tenga esta gloria. Propone en

con nuestro santo padre el Papa, enviar obispos á nueva Francia, á Persia, al Tonquin, á la China y á la Cochinchina, y contribuir con nuestras reales liberalidades á los gastos de tan arriesgados viages y empresas tan cristianas y generosas para la conversion de las almas; pero como habia la dificultad de hallar personas que reuniesen todas las cualidades necesarias para ir á socorrerlas, y trabajar bajo sus órdenes en empleos tan apostólicos, y de tener para este efecto algun lugar de retiro y hospicio caritativo para darles acogida, la Providencia que nunca falta en estas ocasiones, ha inspirado la idea á nuestro muy amado y muy leal don Bernarde de Santa-Teresa, etc., etc. »